

martes, agosto 26, 2008

Tortilla de patata tradicional o tortilla deconstruida

Cruceros por islas paradisíacas.

Viajes de aventura cuidadosamente programados.

Hoteles de cinco estrellas con SPA, y resort, en lugares remotos donde muchas veces los nativos del país viven en chozas.

Desconectar.

Disfrutar de la vida.

Vivir el momento.

Huir de las preocupaciones.

No pensar.

No saber.

No oír.

No ver.

El pasado día 20 un avión se incendia en el aeropuerto de Barajas.

154 muertos.

Guerras y atentados suicidas.

Escuché en la radio que la película Mamma Mía era muy divertida. Salí del cine más triste de lo que entré. No me dice nada esa alegría tan fácil.

La radio habla mucho del accidente del avión durante los primeros días.

Luego, la vida sigue y continúa la programación habitual; bebidas, comidas, coches, viajes, espectáculos.

Una cocinera muy famosa teoriza sobre si tortilla de patata tradicional o tortilla deconstruida.

Un gatillo pequeño lleva tres días atrapado en un respiradero del Vips, pegando gritos, si no soy capaz de encontrar una solución morirá, de hambre, y de sed, sin entender que sus gritos no están sirviendo para nada. Sufriendo, asustado.

El primer día - viernes, 22 de agosto de 2008 - pido ayuda al Vips. Distintos encargados de turno se muestran más o menos comprensivos, rompemos en el garaje el doble techo y una estructura de algo como corcho cerca de dónde se le oye y le dejo comida, para atraerlo.

El segundo día – sábado 23 - siguen los gritos. Localizo un cerrajero para que, por mi cuenta y riesgo, sierre la estructura de hierro que cubre el respiradero – dentro por cierto de la zona ajardinada propiedad de la comunidad de propietarios de toda la manzana que tiene arrendado los locales al Vips, y que es por tanto zona, propiedad, privada -, pero cuando vemos el hueco resulta tener una caída en vertical de más de tres metros. El animal se sigue oyendo y se le ve, por un momento, pequeño y blanco y negro.

Los cerrajeros idean buscar un tablón largo, que encuentran en el contenedor de una obra cercana, en la esperanza de que trepe y por el hueco – por el que sin duda cayó, porque no hay otro – un poco agrandado tras serrarle un par de lamas pueda salir.

El tercer día – domingo 24 - todo sigue igual, aunque los gritos son algo más débiles.

No sé qué hacer y me resuelvo a llamar a los bomberos pensando que no van a hacerme caso.

Para mi sorpresa dicen que esté allí, en el sitio donde les indico, que llegarán en

pocos minutos.

Vuelven a serrar la estructura que soldó el cerrajero tras los intentos del día anterior; pero desde ahí no parece que vaya a conseguirse nada porque, cerca del fondo de ese tubo de cemento de estructura rectangular de unos cuarenta centímetros de lado, hay unas tuberías, o hierros, que se entrecruzan.

Uno de los bomberos dice que le dé la comida que llevo, que va a bajar; se me ocurre entonces decirle al bombero encargado que por qué no vamos al Vips, que a ellos les harán más caso que a mí...

Desde dentro – una especie de habitación vacía en la planta de garaje del Vips – se oye los maullidos muy, muy cerca, muy cerca pero dentro de lo que parece una caja metálica que contiene un motor.

Tras una nueva conversación del encargado de los bomberos con el encargado del Vips – el garaje del Vips no se comunica con el establecimiento, para acceder a él hace falta la autorización de seguridad y que alguna persona responsable del establecimiento vaya a abrir acompañada del vigilante; y en cada turno sólo hay una persona responsable y un vigilante, que no pueden abandonar el establecimiento – consigue permiso para desmontar lo que sea si es necesario, pero no para romper nada...

Le dice a uno de sus compañeros, un por lo visto perfecto manitas, "haz lo que puedas sin romper; si hay que romper se deja y nos marchamos" y, a mí, "lo siento, pero entiéndalo, es propiedad privada y sólo puedo hacer lo que se me permita".

Y logró el manitas abrir la caja metálica; y sacar de ella el motor tras quitar muchas tuercas; y cuando estuvo el motor en el suelo y los maullidos junto a nuestros pies dijo "señora, aquí dentro está su gato".

Y levantó una especie de trampilla y... allí estaba Manolo, blanco y negro, de como mes y medio, pequeño, flaco, y sucio y asustado mirándonos, con ojos muy abiertos.

Lo agarré y me lo puse en el cuello llorando – yo, no el gato.

Manolo porque otro de los bomberos dijo "Manolo, ya tienes un gato apadrinado; señora, el gato que se llame Manolo".

Le contesté secándome las lágrimas que pues claro; y que si resultaba ser hembra Manolita.

Hoy, dos días después, me da gusto verlo dormir, confiado, hecho la rosca en un cojín, o comiendo, o jugando con alguno de los otros.

Y pienso cuántos contrastes hay en la vida, y en las formas de actuar y de sentir, y que los bomberos estaban de verdad contentos por haberlo salvado, y el vigilante del Vips se reía y le dije "¿a que usted también se ha alegrado?"; y que otro de los vigilantes me había dicho "señora y estoy aquí sólo para hacer mi trabajo", y otro de los encargados del establecimiento, cuando le había pedido el día anterior "por favor, cuando termine su turno, acompáñeme y lo intentamos" me respondió "cuando termine mi turno no voy a ir a nada de ningún gato".

Los que sí montaron un buen escándalo fueron los porteros de las fincas dueñas del jardín, protestando que yo había entrado sin permiso en una propiedad privada; uno de ellos aseguró que lo que había que hacer era matar a todos los gatos, que él había matado muchos en su pueblo estrellándolos contra la pared. Tanto gritaron y vociferaron que no contase con que la comunidad fuese a correr con ningún tipo de gasto que el encargado de los bomberos – me había preguntado si yo podía al día siguiente ocuparme de que soldaran los hierros de la estructura del jardín, porque ellos no llevaban soldadura, y le había

contestado que sí, que yo volvía a llamar al cerrajero – puso fin a la polémica llamando a su central y pidiendo que viniese otro coche con soldadura.

Así que todo quedó en orden y el gato salvado.

Le comenté al encargado, mientras esperábamos, que otra vez hace meses llamé para un caso idéntico y me respondieron que no hacían ese tipo de cosas; él dijo que no entendía por qué me habían contestado aquello.

No sé, tal vez depende de azar o de la suerte o del criterio de quién esté a cargo del mando en cada momento. De los que acudieron el pasado domingo puedo decir que tienen toda mi gratitud y los recordaré siempre con cariño; y que el gato/a se llama Manolo o Manolita.

Sí me preocupa que los porteros me amenazaron mucho, y dicen que la comunidad de vecinos tiene idea de vallar todo el recinto – y eso me asusta porque ya me resultaría imposible acceder cuando volviese a suceder lo mismo - ; y cuando por la madrugada he ido a poner el agua y la comida, como siempre, me habían quitado todos los

cacharros, y un hombre que apareció en la acera no supe desde dónde dijo "tiene usted muchos gatos" y yo le contesté de mala gana y muy concisa y me quedé pensando si era alguien que han contratado para vigilarme...

Así que estoy contenta por el salvado pero preocupada por todos los demás, que no sé si a cuenta de todo el lío nos van a hacer la vida imposible a ellos y a mí; también me preocupa que por el hueco de las lamas que cortamos con intención de que pudiera salir el atrapado lo que suceda es que se cuele otro pequeño o incauto.

Y, mientras tanto, el tema me va quitando la vida poco a poco, angustiada constantemente y sin esperanza de que el problema tenga fin algún día; y en la seguridad de que, haga lo que haga, un día seré demasiado vieja, y moriré, y se quedarán desamparados.

Considero muchas veces lo ilógico, lo poco sensato de mi actitud, y me digo a mí misma "esto es sólo lo poquito que puedes abarcar pero cuántos gatos quedarán atrapados en lugares de los que no tienes ni idea y no están a lo mejor tan lejos". La angustia crece entonces recordando cuántas cosas terribles suceden en el mundo sin poder hacer nada por evitarlas, y sintiendo cómo las personas vivimos, y reímos a veces olvidados de que en cada instante algo vivo está sufriendo.

Es quizás por eso, porque esos gatos están ahí, tan cerca, por lo que imagino que no voy a saber nunca desprenderme de la voluntad de intentar, aunque sea para conseguir muy poco, el seguir ayudándolos.

Y envidia, para qué negarlo, a las personas cuyos afanes no van más allá del límite de su propia piel o de sus propios intereses centrados en amores y amoríos, y en cruceros por islas paradisíacas, y viajes de aventura cuidadosamente programados, y coches, y perfumes, y hoteles de cinco estrellas con SPA y resort; y cuyos conflictos se reducen a tortilla tradicional o deconstruida y poco, muy poco más...